

De lo futuro en el dudoso abismo  
 Juzga el viviente ciego  
 Las horas entrever de su ventura.  
 Llegan, huyen, se llevan su esperanza,  
 É iluso en nuevas horas la afianza.  
 ¡Ah! ¡no la alcanzarás que el bien soñado  
 Se desliza impalpable  
 Como fosfórea luz en noche oscura.  
 Siempre ansioso de goces, nuevos seres  
 Busca para gozar nuevos placeres.  
 Tú, Silvio, los hallaste; ¡cuáles mundos,  
 Cuál Eden delicioso  
 Habitas! ¡oh! de globos coronada,  
 Gira á tus plantas la encendida esfera  
 Y absorto miras la creación entera.  
 Que ignora Febo la mansion dichosa  
 Do más suave espira  
 Sin estival ardor serena lumbre;  
 Al ávido mortal allí compensa  
 Inmensa dicha, su ambicion inmensa.  
 Allí extático Silvio eterno *hosanna*  
 Canta en célico acento,  
 Su voz uniendo á las del alma coro.  
 ¡Ay! ¡las oyes, mi Flavio? ¡Quién daría  
 Nuestros ecos mezclar á su armonía!  
 ¡Y tú, feliz, del infelice amigo  
 Olvidas la memoria,  
 De tu amado Fileno? ¡No en la altura  
 Mueven á los celestes nuevos males?  
 ¡No el clamor sube allá de los mortales?  
 Sí, amado, tú me llamas. Tú la mano  
 Me da: pase la sima  
 Que de la eternidad separa el tiempo:  
 Pasémosla ¡oh mi Flavio! — En la alta cumbre  
 ¡No le ves destellando pura lumbre?  
 Volemos á su lado. Tal ansioso  
 Por ignorado rumbo  
 Se lanza en curso rápido el cometa:  
 A la region del sol las alas tiende  
 Y en sus rayos purísimos se enciende (1).

## XV.

A don Manuel Lopez Cepero, su amigo, cuando quedó libre de su confinamiento en la Cartuja de Cazalla.  
 (Fragmento de una oda, no concluida.)

Quise cantar desde el primer momento,  
 Caro Manuel, tu libertad ansiada,  
 Y mi voz desmayada  
 No pudo hallar ni números ni acento;  
 Que en dudosa alegría  
 Tímido el corazón la reprimía.  
 ¡No eras más libre en el retiro oculto  
 De la apacible soledad, do el alma  
 Disfruta dulce calma,  
 Que no del mundo en el feral tumulto,  
 Que agitan las pasiones,  
 Forjando á la virtud duras prisiones?  
 Ni al dolo ni al poder allí vecino,  
 Correr en paz tus bonancibles días  
 Como el arroyo vias,  
 A quien tu mano señaló el camino;  
 Como exento á su grado,  
 El olvido creció por ti plantado.  
 De tu pequeña creación gozabas,  
 Señor de tí, cual del inmenso cielo  
 Goza el ave en su vuelo;  
 Aquí las turbas, á su vez esclavas,  
 Al poderoso oprimen;  
 No hay libertad en la region del crimen.  
 Mas sólo aquí, do ciegos los mortales  
 El yugo aceptan de la fuerza insana,  
 La dicha sobrehumana

(1) Variante. REINOSO escribió así, en un principio, estos dos últimos versos:

Y andaz del éter las regiones mide,  
 Buscando el sôlio do Jehová preside.

(Nota del Colector.)

Hallarse puede de aliviar los males.

## XVI.

A Licio, que le aconsejaba gozar del placer (2).  
 (1829.)

*Facit indignatio versum.*

Goza, mi Licio, de las blandas flores;  
 Goza el aliento que del áureo Toro,  
 Vida inspirando y amorosos fuegos,  
 Febo derrama.  
 Goza las pomas y el sabroso néctar  
 Que en rubios granos, de la fiel balanza  
 Luégo sazona, coronando á Otoño,  
 Prez de Liéo.

Y el lauro eterno que á tu sien Apolo  
 Y á las ardientes que ciñera Urania,  
 Ornen de rosas y de hiedra enlacen  
 Ciprida y Baco.

Tú, do lazados el Adur y el Nive  
 Mezclan sus ondas, y en geniales coros  
 Náyades bellas de los dos raudales  
 Danzan unidas;

Libre y gozoso por la amena margen  
 Pulsas la lira que te diera Bétis,  
 Y á la union grata que fecunda el prado  
 Cantas amores.

Yo, solitario, á la sedienta orilla,  
 Que Manzanáres humedece apénas,  
 Y el campo yermo que aridece á Mantua,  
 Piso y detesto.

¡Ay! no su risa para mí la aurora,  
 No sus guirnaldas primavera envía:  
 Rayos la esfera, y el airado suelo  
 Brota zarzales.

Dura cadena la dolida planta  
 Traba y oprime: ponderoso yugo,  
 Que un poder necio sobre mí desploma,  
 Corva mi cuello.

¡Qué á mí placeres! Al cordero y tigre  
 Antes aduna, que al dolor y dicha.  
 No de Procusto sobre el fiero lecho  
 Vénus reposa.

¡Cuánto en el gozo desconoce el hombre  
 Del hado adverso la indomable fuerza!  
 Bebe ¡cuitado! del placer la copa,  
 Dice al doliente.

Di al lapon rudo, que del Tanna helado  
 Coja las rosas: de la ardiente Libia,  
 Di al duro ascanta que respire el fresco  
 Dulce Favonio.

*Sufre tu suerte.* — La imperiosa ley  
 Tal es del triste, venturoso Licio:  
 Al infortunio la paciencia es dada,  
 No los placeres.

## EPÍSTOLAS.

## I.

Á SILVIO.  
 (1799.)

Sube en reposo por el vago cielo  
 La luna, de luceros coronada,  
 Y su cándida luz serena envía  
 Sobre el dormido mundo. La faz yértá  
 Del orbe sin color, huyen dispersos  
 Los hombres fatigados, y ora yacen  
 Simulacros de muerte en sus guaridas,

(2) Contesta á una oda de don Alberto Lista. Véase esta oda en el presente tomo entre las poesías de Lista.

Silencio, oscuridad, sublimes genios,  
 De la virtud amigos, yo os saludo:  
 A vuestra vista desaparece el crimen,  
 Y refugiado en los impuros lechos,  
 Al perverso atormenta, que punzado  
 De su agujon, despierta y lucha insomne,  
 Y anhela en vano la quietud del justo.  
 Huyamos, oh mi Silvio; la impia turba,  
 Ora que duerma la maldad, huyamos:  
 Así tal vez escapa el caminante  
 Cuando al sueño se entregan los bandidos.

¡Ah! ¡Por qué el hombre, para el bien formado,  
 Torna en su daño los preclaros dones  
 Que á ser feliz le concediera el cielo?  
 En fuerza al elefante, en ligereza  
 Le hizo al ciervo inferior, para obligarle  
 A que en la union comun buscarse amparo  
 Contra males sin número que, solo,  
 Ni rechazar ni precaver pudiera.  
 Mas dióle alto destello de su lumbre,  
 Soberana razon, que moderase  
 La humana sociedad con leyes justas:  
 Y en medio alzó de la infelice grey  
 Un ara tutelar, excelso trono  
 Do el Dios augusto presidiera al órden,  
 Do recibiera los humanos ruegos,  
 El debido homenaje, y de amor mutuo  
 La sancion diera al sentimiento innato,  
 Símbolo de familia, que ante el padre  
 Los obedientes hijos congregára,  
 Y unidos todos por comun origen,  
 Uniese á todos en fraterno lazo.

Mas ¡ay! esa razon que el alto imperio  
 Fundar debiera, dirigiendo acordes  
 Sus móviles de obrar, y al fin prescrito  
 Los estímulos varios de natura  
 Concertar entre sí, cual ésta ordena  
 Las encontradas fuerzas, y el reposo  
 Forma del universo en fiel balanza:  
 Esa razon que dominar debia,  
 Soltó sin freno las pasiones todas,  
 Y sucumbió, postrada al recio empuje,  
 Cual débil caña al huracan violento.  
 Dócil el hombre al turbulento impulso,  
 Volcó el sagrado altar: de sus hermanos  
 Rompió el nudo feliz: la fuerza unida  
 Que se ordenára á la comun defensa,  
 Descaminó, y en exclusivo apoyo  
 De su loca ambicion ó vil deleite,  
 Al privado interes distrajo impio.  
 La inteligencia con que vence ó burla  
 El furor ó la astucia de los brutos,  
 El hombre usó para domar los hombres.  
 Osado con los débiles; artero,  
 Pérfido con los fuertes, la violencia  
 Y dolo fueron las certeras armas  
 Con que afirmó su odiosa tiranía.

A los iguales dominó orgulloso:  
 Conspiró infiel contra el magnate: duro,  
 Ultrajó al desgraciado: al inocente  
 Persiguió furibundo: al opulento  
 Despojó usurpador: sus liviandades  
 Sació lascivo con la infamia ajena.  
 De entonces ¡ay! la sociedad humana,  
 Que una sola familia ser debiera,  
 En campo de batalla, en cruda liza  
 Se convirtió de oprimos y opresores,  
 De asesinos y víctimas. Seguro,  
 Independiente, exento, su existencia  
 Procura el bruto y de la raza propia  
 La inmunidad acata. En tropa unida  
 Congréganse los tigres, los leopardos  
 Júntanse en un albergue; no sangrientos  
 A devorarse correrán. — Impíos,  
 Aprended de las fieras á ser hombres.

Mentís, blasfemos, que al Autor sagrado  
 Acusais de los males, obra sólo  
 Del humano, rebelde á sus preceptos.  
 A cada ser el Hacedor benigno  
 Las dotes dió y recursos con que hubiese,  
 Cuanto era capaz de ella, su ventura.  
 Del bien y el daño propio dió el instinto

III. Ps.-XVIII.

A los seres sensibles, y éste solo  
 Dirigió sus acciones: no la esfera  
 Traspasó alguno por su Autor prescrita,  
 Mas un impulso compasado y ciego  
 Ligar no debió al hombre, á quien el mando  
 Supremo dió de los demas vivientes:  
 Para ser soberano le hizo libre.  
 ¡Deslumbrado mortal! El albedrío,  
 Dado para su mérito y su gloria,  
 En fuente impura convirtió de males.  
 La luz del bien que destelló en su mente,  
 El grito de justicia que en su pecho  
 Resuena á su pesar, rebelde abjura.  
 Venda los ojos, de robusto acero  
 El corazon guarnece, y ciego, osado,  
 Cual si fuera su dios, al mar se arroja.  
 La libertad, que en su felice cuna  
 Tornó en arma de muerte, que el origen  
 Envenenára del linaje humano,  
 Mancipó el hombre á su eternal suplicio.  
 Siempre la ostenta para hollar la ley;  
 La ley, do vinculada su ventura  
 Y el órden fué del universo todo.

Hizo el ensayo en su heredad dichosa,  
 Y perdió el sacro Eden: la tierra luégo  
 Fué su morada, y asoló la tierra.  
 Aun pudo ser feliz: áun derribado  
 Del alto puesto y la suprema dicha,  
 Lucrar para su bien pudo los medios  
 Que le dejó natura. El arco y flechas  
 Señor le hicieron respetar del bruto,  
 Y la reja fecunda de los campos  
 El dominio le dió. Defensa, abrigo  
 En fácil vestidura, ya domado  
 Le tributaba aquél; sustento y sombra  
 En árboles y espigas la alma tierra  
 Le dió feraz de su rasgado seno.

Ni la deidad, mezquina con sus hijos,  
 A las necesidades miró sólo  
 De un penoso vivir: ¡cuántos placeres,  
 Delicias cuántas prodigó, que hicieran  
 Amable al hombre la afanosa vida!  
 No el romano opulento en copa de oro  
 El Palermo bebiere; el sibarita  
 No lánguido llamára el fugaz sueño  
 En tálamo de rosas, ni el egipcio  
 De obeliscos á Ménfis coronára.  
 No sus púrpuras Tiro, sus aromas  
 No cambiára Sabá; ni las regiones  
 Que halló Colon, al esforzado ibero  
 Las piedras dieran y el metal preciado,  
 Que afemináran su vigor robusto.

Más tranquilos, más puros dió natura  
 Sus placeres al hombre. Al soto umbrío  
 Formó de musgo y flores blando lecho  
 Juvenil primavera: en pos otoño  
 De embalsamadas pomas y racimos  
 Los árboles y pámpanos corona.  
 Suda el mortal para obligar la tierra  
 En anheloso afán; mas con usuras  
 La tierra premia su tenaz fatiga;  
 Y de jazmines y rosado trébol  
 En zonas odoríferas guarnece  
 La miés que corta su nervudo brazo.

Vagan por la campiña simplecillos  
 Los frutos de su amor, y en blanda risa  
 Van truncando las flores; cuál la rosa  
 Busca más encendida; cuál se afana  
 Triscando entre la juncia tras el lirio  
 Que eleva sobre rojos alhelios  
 El seno virginal: otro sentado  
 En la mullida grama, teje, miétras,  
 De tierna mimbre y oloroso mirto  
 Simple guirnalda. — Impíos, que las cogidas flores  
 En matizado círculo acomoda.  
 Corren alegres, y al cansado padre,  
 En el dental subidos con anhelo,  
 Los bracillos alzando, le coronan  
 La sudorosa sien y el labio ofrecen,  
 Pidiendo el beso paternal en pago.

En tanto le prepara en limpi mesa  
 Sóbrio manjar la diligente esposa,



Que entorno ciñe de sabrosos frutos,  
Aun de la flor nativa guarnecidos.  
Y cuando arde el lucero que al ganado  
En los rediles cierra, ante la choza,  
A par de su marido reclina,  
Embelesados miran cuál se mueve  
Tras delgado celaje el bello Arturo,  
De esmaltadas figuras rodeado,  
Que seosegadas tras Calixto giran.  
Céfiro en el regazo de las flores  
Dormido posa un tanto, y con susurro  
Despertando revuela, y sus perfumes  
Esparce en derredor de los amantes.  
Allí resbala cándido arroyuelo  
Sobre el rizado césped, y su giro  
Torciendo entre los árboles del soto,  
En sus linfas les lleva con murmurio  
El puro sueño; el sueño no rompido,  
Que en dulces trinos robarán las aves  
Cuando asomáre la inocente aurora,  
Trayendo paz al venturoso humano.  
Alzase ledo el padre y su casilla  
De paz ve rodeada y de abundancia,  
Y de placer y amor cubierto el valle.  
¡Y no bastaron tan copiosos dones  
Para saciar en el humano pecho  
El ansia de gozar? Y luégo, unidos  
En sociedad pacífica, ¿no todos  
Pudieron disfrutar de iguales bienes?  
Para el pro general obrando acordes,  
¿No mejorarlos y aumentar pudieron?  
Trabajando en comun, en comun goza  
De su tesoro la industriosa abeja.  
Contenta de la suya, á su consorte  
Ninguna lanza de la celda amiga.  
Que de consuno todas fabricaron:  
No le arrebató el delicioso néctar,  
Que á todas basta y laboraron todas.  
Sólo el hombre insaciable no consiente  
Ser venturoso en la comun ventura:  
Sólo la quiere para sí. Su anhelo  
Es acrecer la que le cupo en suerte  
Parcial herencia, despojando á todos  
De la porcion que hubieron. Así pugnan  
Entre sí los humanos: sus pasiones  
Un feudo exigen siempre, y ese feudo  
Han de pagar los que tambien le exigen.  
Ve aquí brotando las pasiones torpes  
En la social union, y ve con ellas  
La impotencia nacida de aplacarlas;  
Nacida la discordia, los furiosos,  
La guerra infiel, la asolacion, la muerte.  
Cual, aguijado de la sed rabiosa,  
Anhelante y rastreador corre el tigre  
Del Ganges la ribera, y de improviso  
Alzándose en los piés, se lanza fiero  
Sobre las reses que al raudal acuden,  
Las rinde, vuelca, sus entrañas rasga  
Para abrevarse en la caliente sangre;  
Tal devorado del ardor perenne  
Vaga el hombre frenético: á la tierra  
El seno rompe, y del oscuro abismo  
El duro pedernal, el hierro agudo  
Saca á la luz, y en el fraterno pecho  
Abre mil puertas á la avara muerte.  
Las selvas tala y el anciano tronco,  
Que su guirnalda matizó de flores,  
Cubriendo el campo de verdor sombrío,  
Quiebra, y desnudo de la pompa ufana,  
Estéril leño sobre el mar le arroja.  
Sus pacíficas lindes ven las aguas  
Asaltar; braman, y en grupadas olas,  
Cual montes enricados, se levantan,  
Pendientes sobre el tronco; el noto airado,  
Ábrete coronado de tormentas,  
En derredor le embaten: ora alzado  
En las nubes se esconde; ora en los senos,  
Mansion eterna de la eterna noche,  
Derrumbado se abisma y desaparece.  
Ruedan en tanto en la nublosa esfera  
En carro tronador las tempestades,  
Y granizado de sangrientas llamas,

Ruge encendido el viento, y piedra y rayos  
Y espanto y destruccion al mar envia.  
Arde ya el leño: en las bramantes olas  
Nada el cárdeno fuego retratado  
Sobre negro verdor: huye estruendoso  
Y en las hondas cavernas se guarece  
Tímido el leviatan: los polos crujen,  
Y al orbe desquiciado el mar inmenso  
Sorber en sus furiosos amenaza.

Así en el caos primero, el fuego y tierra,  
Atlante y Pelion, Orion y Sirio,  
Y el Austro y Aquilon, cual masa informe,  
En las aguas yacieron sepultados.  
Tal vacila convulso el universo  
Orillas del abismo.— Sólo el hombre,  
El hombre, para el mal osado sólo,  
Mira insensible las airadas ondas  
Desde la inmóvil playa, y temerario  
Salta sobre el esquife naufragante.

Tras él del hondo averno desatadas  
Se lanzan la crueldad, la fraude inicua,  
La esclavitud cargada de cadenas,  
La llorosa orfandad, las furias todas.  
Virtuoso mortal, que en paz tranquila  
Ves en cuna de oro al sol naciente  
Las sienas coronar de nuevos rayos;  
O bien habitas la escondida tumba  
Donde muere su luz, y las estrellas  
Bordan el manto á la futura noche;  
Teme, infeliz: en tu ignorado asilo  
Teme de hoy más: el indomable golfo  
Surca ominosa nave, de discordia,  
De sangre y lloro y vastacion henchida.  
Ya llega á tus riberas: huye, incauto,  
Huye; mas ¡ay! en vano; muerte, muerte,  
Clama el cañon horribolante. Oyólo  
Tormentario y tembló: la extrema playa  
Muerte repite, y despedido el eco,  
Rueda sobre las ondas desiguales,  
Sonando muerte en los helados polos.

¡Autor del universo! ¡asi voraces  
Formaste á los humanos, que en sus iras  
Á esclavizarse, á degollarse corran?  
¡Oh! no: tú la afecion, los sentimientos  
Les grabaste de amor, de amor el nudo  
A su poder, conservacion y dicha  
Hiciste cooperar; y preparando  
Su instinto, su razon, su excelsa mente  
Para un mundo mejor, divina ley  
De amor les diste y celestiales premios.  
Pero insensible, alucinado, impio,  
Al corazon se niega; el bien más cierto,  
Que el concurso amigable le daría,  
Renuncia; huella el divinal mandato;  
Y en pos se lanza codicioso el hombre,  
De un interes falaz que le deslumbra  
Y al precipicio arrastra do pereza.  
No socios que atraer: sólo enemigos  
Que combatir y despojar conoce:  
No el apoyo comun, su presa busca.  
Así vaga perdido el breve dia  
De su infausto vivir, tras vanas sombras  
Que errantes desaparecen en la huesa,  
Do en callado pavor cien y cien siglos  
Se hundieron con la nada. Allí los héroes,  
De maldicion cargados, descendieron,  
Y no son más; pero la tierra vive  
Amasada con sangre, y al arado  
Los blancos huesos que ocultára, entrega;  
Y maldicion les clama: mil ciudades  
Arrasadas lamenta el pasajero,  
Y maldicion á su sepulcro envia.

Este es el hombre, Silvio; la corona  
Ésta de su ambicion y sus furiosos.  
Huyamos ¡ay! La perezosa luna,  
En su carro de sombras recostada,  
Tocando ya al cenit, alza tardía,  
Guarnecida de sueños, la alba frente.  
Silvio, mi Silvio, á la inhumana turba  
Robémonos veloces. Saldrá Febo  
A mostrar con sus rayos los horrores  
Ocultos ora; la fatal cadena

De crímenes que enlaza el universo.  
Saldrá de los vivientes descuidados  
A ahuyentar el reposo; al duro remo  
Tornará el triste, á la homicida lanza.  
Con él sube el tirano al solio augusto;  
Al hierro vuelve el oprimido esclavo.

Huyamos... ¡Infelices! ¡quién nos diera  
Poder hacerlo! ¡Bárbaras prisiones  
Nos ligaron sin fin! Así el piloto  
Quisiera huir la tempestad sañuda,  
Precursora de muerte; mas al triste  
Tocar no es dado la segura playa.  
Tal vez corta las gúmenas osado,  
Y las entenas con fragor derriba,  
Y sin pensar en el negado puerto,  
Escapar del naufragio sólo anhela.

Así ¡oh mi Silvio! tú: si no es posible  
Revocar los humanos á su dicha,  
Enfrena su crueldad: afortunado  
Tú puedes, sí. De la sagrada Astréa  
Oráculo veraz contigo sube  
La alma justicia á su perdido solio.  
A tí fió la humanidad llorosa  
Vindicar sus agravios; ¡tú la vengas:  
Y pues sociables ¡ay! hacer no puedes,  
Haz, Silvio, á los mortales ménos fieros.

## II.

## Á ALBINO.

(1798.)

¿En qué el ocio diviertes cuando el suelo  
Pisas ora de Gádes, dulce Albino?  
¿Miras acaso sobre herradas proas  
Descollar entre monstruos nadadores  
Al ángulo avaro, que en lejanos climas  
De nuestro suelo próvido apartára  
El padre universal de los mortales?  
¿Cuál, domada su furia, no ya cubre  
De terror vano la ribera hesperia,  
Y bramando feroz apaga el hacha  
Con que arder quiso la mansion de Alcides?  
¿O ya escondido al popular tumulto,  
La suerte lloras del viviente insano,  
Que vendados los ojos, se apresura  
Al precipicio abierto por él mismo?  
¡Oh! sí, mi caro Albino, tú en silencio  
Huyes cautos los lazos deleznales,  
Que á la virtud extiende y la inocencia  
Un pueblo seductor, do el egoismo,  
El sórdido interes, las artes viles,  
Ensangrentado el odio, el ocio muelle,  
La torpe languidez en blando lecho,  
La irreligion y el desenfreno anidan.

Tu dócil corazon sencillo y puro  
Do quiera ve á los hombres, allí teme  
Tropezar inexperto su ruina.  
¡Ah! ¿qué es el hombre? ¿qué es el hombre, Albino,  
Sino un feroce monstruo que en sus iras,  
Si pudiese, los orbes destruzára?  
En su pecho ha erigido un templezuelo,  
Do venera, continuo prosternado,  
Á su propio interes, único númen  
Que en nuestro siglo de impiedad se adora.  
¿Ves cuál con sesgo rostro y halagueño,  
Do brilla infiel candor, tiende los brazos,  
Y al seno estrecha al engañado amigo,  
Que no ve incauto el encubierto dardo?  
¡Infeliz! es la víctima primera  
Que ha de sacrificar: sobre las aras  
Perecerá del ídolo terrible.  
Mas ¿qué no sacrifica? Su descanso,  
El amor conyugal, la fe sagrada,  
La patria, la salud, la vida misma.  
¡Ah! ve los holocaustos, ve los votós,  
Hé aquí el aroma que en hedionda pira  
Al torpe simulacro ondoso sube,  
Que de enmedio la turba alce la frente,  
Que nos diga dó está, dónde se oculta,  
Quien no rompió de humanidad los lazos;

Quien del fraterno amor, de amistad santa  
Las leyes no violó, ni á su interesse  
Pospuso avare el universo todo.  
En vano Julio de dorados granos  
Los campos entapiza, y sus afanes  
Fecundo paga al labrador activo.  
No ya los frutos de la tierra alivian  
Su mísero vivir; no ya de pomas  
Corona ledo la sudosa frente.  
Triste, en mezquina mesa apénas gusta  
De silvestre manjar. El jornalero,  
El mortal sólo á los mortales útil,  
En abatido hogar, desfallecido,  
Helarse mira sus robustos brazos,  
Que el torpe lujo y opulencia dieran  
Al poderoso corrompido en vicios,  
Y para sí el sustento áun no ganaron,  
El mísero sustento. Que la tierra  
Sus dones vierta en abundosa copia,  
Matice el bosque y el egido herboso  
En guirnalda de pámpanos y espigas;  
O contra el hombre airada la faz yerta,  
De escarcha cubra y granizado el cierzo  
Al verde campo la esperanza robe,  
Todo es igual al infelice: siempre,  
Siempre perece: y virtuoso alaba  
La mano que lo oprime. Sus esquilmos  
El crudo avaro, enmuellecido en ocio,  
Cautiva impio, y en colmadas trojes  
Encarcela el sustento arrebatado  
A los vivientes: tesoro inicuo  
De los bienes que pródiga natura  
Igual derrama á los humanos todos.

No ya la gloria los mortales pechos,  
Ni la grandeza enciende y heroísmo.  
La alma beneficencia, las virtudes,  
Que al coro de los dioses ardua senda  
Descubrieron un tiempo á nuestros padres,  
Cual ellos han faitado; mas no falta  
El interes, la presuncion ratera  
Por alcanzar la pompa. Vil lisonja,  
Infame adulacion hoy el camino  
Al esplendor allanan y alto puesto,  
Preso otro tiempo de ambicion augusta,  
Ya de vil ambicion. Quien la alta mole  
Ensalza astuto, y bajo el hondo asiento  
El precipicio cava, do pereza  
Derrocado el magnate: quien inicuo,  
Con planta firme y denodada frente  
Por sus ruinas trepa, ése arrebató  
Impune el lauro y su cabeza ciñe:  
Destrozados hacinados son la base  
De su solio infernal. Si la justicia  
De la mansion de gloria á tales héroes  
La inmortal silla niega, ¿qué varones  
Nuestro siglo dará, cuya memoria  
Sobrenade en los tiempos del olvido,  
De la Perca triunfante? ¿Cuáles nombres  
La edad futura adorará? La muerte,  
La destruccion tan sola ancho camino  
Muestra, cual nunca, á la terrible fama.

Llora la esposa y de pequeños hijos  
En dulce tropa al inhumano padre  
Las rodillas le ciñe. En vano luchan  
Sus manecillas tiernas por asirlo:  
La anciana madre, ante el umbral tendida,  
Al fiero muestra los rugosos pechos  
Que la vida le dieron, y hora esperan  
Dar sin su apoyo en la callada tumba.  
Nada lo enfrena: con forzado brazo  
Los hijuelos derriba, y á la esposa  
Y á la trémula madre huella impio.  
¿Y á do se precipita? ¿Qué remedio  
Lleva en su fuga á los humanos tristes?  
¡Ay! va á talar sus campos, sus moradas  
Va á derrocar, y al mísero habitante  
Entre el polvo oprimir y las ruinas:  
Va á degollar los hijos en el seno  
Sangriento de las madres. Los sollozos,  
La destruccion y la orfandad le siguen.  
Héroes de espanto, cuyo infando nombre  
Leerán grabado en sangre nuestros nietos.



Sobre los yermos campos, vuestra fama  
La maldición será de las edades.  
Sabedlo, sí, feroces; ¡oh! sabedlo,  
Que mil generaciones en un día  
Abismáis en la nada silenciosa  
Con los que nunca fueron. Vendrá un tiempo,  
Cuando entre huesos pálidos camine  
Temeroso el pastor tras su rebaño,  
Por do se alzara el encumbrado muro,  
Al hijo tierno la doliente madre,  
Hé allí, dirá, do el numeroso pueblo  
Opulento vivió. Donde se anida  
En sombrasa caverna el voraz lobo  
Destrucción del ganado, allí moraban  
Mil y mil ciudadanos: tus abuelos  
A esta parte habitaban: en un hora  
Bajaron todos al sepulcro umbrío.  
Fueron y ya no existen. Tristes sombras  
Entorno esas ruinas revolando,  
Perezca, claman, la memoria infausta,  
Perezca en el Averno y no se cuente  
El día en que nació quien tantas vidas  
Mudó en no ser, quien las mansiones altas  
Al viento dió en cenizas, y de cardos  
Espigó el valle, padre de las rosas.  
Amor, amor, virtud, amistad santa,  
Delicia un siglo del mortal felice,  
Almo consuelo, que el vivir penoso  
En dulzura tornáras y alegría.  
¡Ay! ¡dó moras, amor! ¡Por qué nos huyes!  
Tú los humanos pechos algún tiempo  
En delicioso nudo relajabas.  
La sencilla verdad, la fe más pura,  
El ingenuo candor y la inocencia  
La sosegada tierra, en quietud grata,  
Habitaron unidas. ¡Ay! huyeron,  
Huyeron, sí, de los mortales tristes.  
Mas qué, ¡no volverán! Si el mundo insano,  
Herviendo en fraudes, del regazo impuro  
Las lanzó, y en su templo al odio impío  
Estatuas levantó, ni un ara sola  
Elevará al amor el puro incienso!  
Albino, dulce Albino, vuelve, ¡oh caro!  
Vuelve á mis brazos, á tu amigo vuelve,  
Y de amistad el culto renovemos.  
Lazados nuestros pechos, dulce llama  
De amor alentarán, y el trono antiguo  
Sentará en ellos la amistad augusta.  
¡Qué á tí los hombres? Su tumulto insano  
Huye con veloz planta, y vuelve, ¡oh! vuelve  
A tus amigos todos; pocos éstos,  
Cierto, muy pocos son; mas ellos solos  
Para tí fueron en felices días  
El universo entero. ¡Ah! ¡qué placeres,  
Tiempo, tiempo fugaz! ¡qué deliciosos  
Placeres nos llevastes! ¡Ay! ¡Te acuerdas?  
Licio, tu Licio y tu Fileno fueran  
Tu gozo, y son y lo serán eternos.  
Vuela á su seno y la sonora lira  
Que riberas del Bétis nos dió Apolo  
Pulsemos otra vez. La virtud santa,  
La amistad, la virtud..... sólo estos ecos  
Del Bétis suenan las amables Drias.

## SILVAS.

## I.

En loor de los ilustres poetas sevillanos.  
(1796.)

De florida verberna y verde oliva  
La cana sien ornada,  
Sus puras aguas con murmurio ondoso  
Vertía el padre Bétis, y en tranquilo  
Y sesgo curso la ribera amada  
Fecundaba gozoso,  
De púrpura pintando el suelo herboso,

Do la ciudad sagrada  
Del libio domador fué levantada,  
El bullicioso coro  
De ninfas, ora en la caverna umbría  
Con giros mil en torno le rodea;  
Ora en la márgen fria,  
Al aire sueltos los cabellos de oro,  
El valle de alhelios matizado  
Con mil danzas recrea.  
El tímido ganado  
Allí zagalas llevan y pastores,  
Y de olorosas flores,  
Entrelazadas con el mirto bello,  
Esmaltan su cabello;  
Y en placer inocente,  
Y en cantar apacible, no estudiado,  
Al campo dan y al viento sus amores,  
Tal vez la ovisa frente  
Levanta el sacro río embebecido,  
Y escucha el canto y el tañer suave,  
Y otra ventura desear no sabe.  
Mas Febo esclarecido,  
Que á Híspalis alma destinado habia  
De cuantas vegas con su lumbré dora (1)  
En el vandalo suelo,  
Do su divino plectro sonoroso  
Y celeste armonía  
Al Ibero mostrase venturoso,  
Desde el sereno cielo  
A Bétis mira, y muy más alta gloria  
En los futuros siglos le predice.  
«Será un tiempo, decía,  
Será un tiempo felice,  
En que con alto vuelo tu memoria  
Eterna pasará de gente en gente;  
Y en el opuesto polo  
Tu nombre, del olvido victorioso,  
Sonará, y tu ribera floreciente  
Euvidiará el Eridano y Pactolo.  
Sí, ya los héroes veo  
Que dentro largos años por la suerte (2)  
Destinados te son: cual de *Eliodora* (3)  
En tus amenos prados  
El dulce nombre suena, en la canora  
Cítara repetido  
Del que su ardor á Píndaro, atrevido  
Ha de robar, y al soberano asiento  
Del claro Olimpo el verso numeroso  
Levantará esforzado; y á su acento  
Anu Jove, el almo Jove, estará atento.  
¡Oh! salve veces mil, salve, glorioso  
Vate inmortal! Por tí el sagrado coro (4),  
Por tí el licor sabroso  
Que el alto Helicon riega, ya olvidado,  
Renovará, del Bétis en la márgen,  
Del Permeso la gloria (5).  
»Tras él *Aminta* viene, el tierno *Aminta*,  
Y en mirto coronado  
El gracioso zagal, en tu llanura  
Sobre la verde hierba no pisada,  
A los pastores cuenta reclinado  
Su trabajoso amor y su ventura:  
Y como dejó el Adda, enajenado

(1) Este verso es de Lista.

(2) Por la suerte: corrección de Lista. REINOSO había escrito por los hados, buscando sin duda consonante á prados. (Nota del Colector.)

(3) *Eliodora*: nombre poético que da Herrera en sus cantos á la Condesa de Gelves. Herrera, inimitable en sus defectos y en sus perfecciones, era el principal modelo de la escuela sevillana del siglo XVIII. El afán estéril de asemejarse á Herrera es visible en REINOSO. Por eso es tan palabarrera é imitadora toda la poesía de la primera época de este escritor esclarecido. (Id.)

(4) *El sagrado coro*: corrección de Lista. REINOSO había escrito el coro sagrado. Aquí, en nuestro sentir, no anduvo Lista acertado. Por una parte suprimió el consonante de *sagrado* con *olvidado*, y no advirtió, por otra, que colocando la palabra *coro* al fin del verso, lo hacia asonante del que le precede y del que le sigue, lo cual produce perverso efecto. (Id.)

(5) Este verso y el anterior son de Lista. REINOSO había escrito: En la márgen del Bétis abundoso Tendrá estable morada. (Id.)

Al eco dulce del marfil sonoro,  
Que enfreñará tu curso cristalino:  
Al acento divino,  
Por quien del gran Lucano  
La trompa suena en idioma hispano.  
» ¡Oh! ¡cuántos genios, cuántos  
Excelsos genios, de mi ardor movidos,  
La lira pulsarán suavemente  
En deliciosos cantos!  
De tu mansa corriente  
Las Náyadas saliendo, los subidos  
Sones repetirán, y en troncos duros  
Entallarán los versos aprendidos;  
Y de laurel y rosas  
Guirnaldas componiendo (1), por su mano  
Les ceñirán las sienes venturosas.  
» Mas no con tono errante  
El plectro sonará en capricho vano:  
Un varón sobrehumano  
Aquí será, que acuerde los sonidos,  
Y leyes dé al que cante:  
Que cual el docto Lacio,  
Habrá también la Bética un Horacio.  
» Y á los que enardecidos  
La cítara sonante  
Mover empuñan, al afán glorioso  
Alentará unespirtu generoso (2).  
El de la patria en el augusto templo,  
De la justicia santa  
Oráculo será, y á los mortales  
Con su canto inflamando, claro ejemplo  
A la lira dará y eterno nombre,  
Y con osada planta  
Por la escabrosa vía  
Los llevará, por do á la cumbrealzada  
Treparon ya los héroes celestiales.  
Así el alto renombre,  
Á él concedido sólo,  
Gozará, de llamarse nuevo Apolo.  
» Mas ¡oh! levanta, Bétis, ¡oh! levanta  
La esclarecida frente,  
Y mira ya conmigo la ventura  
Que gozarás feliz. Híspalis alma,  
Oye, entiende tu gloria permanente:  
¡Ah! la gloria inmortal que te asegura  
El pecho estremecido (3)  
En un nuevo furor y prodigioso,  
Cual jamás ha sentido.  
Oid, lejana gente,  
Mi sacra voz y espíritu adivino,  
Y de Híspalis el nombre glorioso  
Escuchad en silencio reverente:  
El nombre oid del suelo venturoso  
Do la escena elocuente  
La Hesperia ve nacer. Con larga mano  
Su encanto delicioso  
Aquí las Gracias vierten, y al humano  
Inflan en aliento soberano.  
¡Cuál en festivo zueco el genio ibero  
Al alzado teatro sube ufano  
Y el vicio y necedad alegre mofa! (4).  
¡Cuál, oh, con faz risueña  
En ingenuo solaz al hombre insano  
Y en risas mil suaviza placentero  
Su vivir lastimero!  
Esfuerza ¡oh sacra Fama!  
De tu trompa el aliento sonoroso (5),  
Y del inclito *Rueda* el nombre ilustre  
Al mundo anuncia en vuelo presuroso:

(1) *Componiendo*: corrección de Lista. Decía *adornando*. (Nota del Colector.)

(2) Alude á don Juan de Arguijo, elegantísimo poeta y protector generoso de las letras. (Id.)

(3) Lista puso este verso en lugar de estos dos de REINOSO:

El sacro pecho hirviente:

El pecho la asegura estremecido. (Id.)

(4) Lista puso este verso en lugar de estos dos de REINOSO:

¡Y alegre burla del error insano

El imperio altanero! (Id.)

(5) Este verso es de Lista. REINOSO había escrito:

El aliento hazaioso. (Id.)

Y cuanto espacio de mi pura llama  
Recibe claro lustre,  
Del sabio ingenio adore la memoria,  
Y de Bétis admire la alta gloria.»  
Habló Febo, y con rayo luminoso  
El ancho templo esclareció, do el hado  
Cubre en oscuro velo  
El lauro y sacro asiento destinado  
A los héroes que el cielo rutilante  
Produce en tardo vuelo.  
En duro hierro atado,  
Con el rostro anhelante,  
Allí el tiempo fugaz extiende en vano  
La planta destructora,  
Y el ala bate con afán insano,  
Por entrar al recinto soberano,  
Que de muerte y olvido exento brilla,  
Y con vuelo inhumano  
No logra arrebatarse el sacro nombre (6),  
Que á los siglos llevado, el orbe honora  
Y en ara permanente invoca el hombre.  
Los ojos alza á la region dichosa  
El claro Bétis, y su honor futuro  
Contempla arrebatado.  
Allí en bronce luciente,  
Que la inmortalidad ha consagrado,  
Y que embota los filos de la Parca (7),  
Grabados ve los nombres vencedores  
Del ilustre *Rioja*, de *Cetina*,  
Del *Marcial Andaluz*, del elocuente  
*Pacheco* y otros mil. El alto asiento  
Advierte que en celestes esplendores  
Almo Febo destina,  
Cual genios superiores  
Del ibero Parnaso, al sacro *Herrera*  
Y al que de dos pastores  
El áspero lamento  
Cantó, dorado Tajo, en tu ribera (8).  
Viólo Bétis gozoso,  
El cristalino vaso suspendido,  
Que vierte la onda pura:  
Y el campo florecido  
Y sacro muro de Híspalis glorioso  
Baña en curso espumoso,  
De perlas mil y rosas revestido:  
Y las sonoras aguas apresura,  
Porque á Neptuno digan su ventura.

## II.

A Elisa, protectora de los expósitos.

Nace en el valle la temprana rosa,  
Y tímida descoge el puro seno  
Por beber á la aurora el primer rayo.  
Mas ¡ay! que ya envidiosa  
Se lo esconde la nube, y rauda trueno  
Y densa lluvia á la infelice envía,  
Ya la hiere el granizo,  
Ya la sacude el ábrego rugiente;  
Ni seto la defiende al rudo embate,  
Ni la cubre clemente  
Mano alguna prendada de su hechizo,  
O de su frágil sér compadecida,  
En tan duro combate  
Débil y sola, la marchita frente

(6) Este verso y los dos anteriores son de Lista. REINOSO los había escrito así:

De la muerte triunfante

No el velar inhumano

Arrebata tras sí el augusto nombre. (Id.)

(7) Verso de Lista. REINOSO había escrito:

Exento al filo de la Parca duro. (Id.)

(8) Este verso y el anterior son de Lista. REINOSO había escrito:

En dolorido acento

El lamentar cantó en otra ribera.

Lista puso á estos versos la siguiente nota marginal:

«¿Es Garcilaso? No debe entrar en esta composición, ó no entrar solo. (Id.)